

Carme Riera

CARMEN LAFORET. LA LITERATURA CON MAYÚSCULAS

Siento por Carmen Laforet un interés que va más allá de la admiración literaria por su obra, ya que la sola mención de su nombre me retrotrae de inmediato al mundo familiar de mi infancia. Las referencias a la escritora solían ser habituales cuando mis padres hablaban de su paso por la Universidad de Barcelona, en cuyas aulas habían coincidido con la escritora, los cursos 1940-41 y 1941-42, concretamente en la Facultad de Letras. Era mi padre quien solía evocar a Carmen Laforet con mayor simpatía que mi madre. A mi madre —lo recuerdo bien— las alusiones de su marido a los encantos de Carmen, a su peculiar inteligencia, deje canario, gracia y sensibilidad, la incomodaban un poco aunque nunca se lo reprochara. Mi madre solía añadir —eso sí— que Carmen Laforet iba vestida con cierto desaliño, que parecía no importarle su aspecto personal, y que era retraída, aunque con ella había mantenido cierta relación porque alguna vez Carmen había ido a su casa —situada muy cerca de la Universidad y próxima a donde entonces vivía la futura escritora, en la calle Aribau, 36— para que mi madre le prestara un diccionario de griego.

Mi padre, que presumía de haber llevado a merendar alguna tarde a Carmen Laforet, solía recibir con alborozo la noticia de la aparición de los nuevos libros de la escritora que en seguida compraba, aunque me parece que por entonces, principio de los años sesenta, ya había perdido todo contacto con ella. Creo que cuando Carmen Laforet se trasladó a Madrid —lo mismo que Andrea, la protagonista de su libro, en 1942— dejaron de relacionarse. No sé con exactitud —pese a habérselo preguntado— hasta qué punto anduvo enamorado de Carmen ni si esas meriendas se repitieron durante muchas tardes o fueron esporádicas. Sólo sé —y de eso estoy segura— que entre los compañeros de carrera —Maria Aurelia Capmany, Néstor Luján, Antonio Vilanova, Josep Palau i Fabra, por citar únicamente a los que después serían conocidos— mi padre escogía siempre a Carmen Laforet. Mi madre, solía referirse a las chicas, a sus compañeras de curso, y entre ellas solía mencionar a Linka Babecka, la amiga inseparable de Carmen Laforet, que a veces la acompañaba a buscar el diccionario...

Hace algunos meses estuve en Mallorca para pedirle a mi madre que me buscara las cartas y postales de Carmen Laforet dirigidas a mi padre y que yo de adolescente descubrí guardadas en un cajón. Pero no ha dado con ellas. Recuerdo cuánto me impresionaron al leerlas. Y recuerdo también que la descripción de Yela, un profesor de filosofía que daba entonces clases en la Universidad de Barcelona, era absolutamente literaria. Carmen Laforet se refería a las garras de sus manos aprisionando los apuntes que usaba para dar clase. También Carmen se refería a su propia pereza. No le podía pasar unos apuntes que mi padre, retenido en Palma por una gripe, le pedía porque no había ido a clase. Se había dedicado a vagabundear por la ciudad, le escribía, algo que tanto le gustaba.

Carmen Laforet aparece, igualmente, en la correspondencia de mis padres. Mi madre, en compensación a no dar con los papeles que yo le reclamaba con tanta insistencia, me regaló la fotocopia de una carta suya dirigida a mi padre en la que se alude a la escritora:

“Antes de empezar las vacaciones tuvo lugar en casa de Jaime Regás una reunión de intelectuales. El poeta, María Antonia Vidal, Tarradell, Carmen Laforet, Magdalena Díaz de Betancourt, Pugués, Vilanova, Darné y yo —no como intelectual sino como espectadora (...) La reunión acordó convocarse cada mes y que cada asociado leería un trabajo por riguroso turno. Carmen Laforet quedó encargada para la próxima reunión pero esta no ha tenido lugar.

Hablando con Carmen Laforet, creo que te ha escrito una postal y una carta que tú seguramente no habrás recibido puesto que a ella no se le ha ocurrido echarlas al correo. Me dijo que te las daría cuando regresaras”.

Y a su vez me amplió el anecdotario:

Un día Carmen estaba escribiendo en un banco del patio. “¿Qué haces?”, le preguntó mi madre. “Nada, chica”, le contestó, “tomo notas para una novela”. “¿Tienes título?” “Aún no, nada.”

Otro día el doctor Joaquín Carreras y Artau, profesor encargado de curso de Historia de la Filosofía, que empezaba sus clases haciendo leer a algún estudiante voluntario el resumen de su clase anterior felicitó a Carmen Laforet: “Lo ha hecho usted mucho mejor que yo”.

Valgan estas anécdotas para evidenciar cuán familiar me era Carmen Laforet a quien, por otro lado, nunca pude llegar a conocer personalmente. Hoy, en compensación, me enorgullezco de contar entre mis amigas a sus hijas Marta y Cristina, excelente escritora además de pintora.

Los cuentos de Carmen Laforet que recoge este volumen, tal y como se indica en los Preámbulos, van de 1939 - en que nuestra autora escribe “Leyenda de Alcorah” “Fugas” y tal vez “Carta a don Juan” - a 1955. Al parecer, a partir de este año, cesaron sus contribuciones al género. Desconocemos las causas que motivaron tal decisión. Apunto aquí, no obstante, dos. La primera tiene que ver con la economía doméstica: si al parecer, Carmen Laforet escribía cuentos *pro pane lucrando* es posible que a partir de 1955 su situación familiar mejorara y no necesitara de tales ayudas. La segunda, se relaciona con el hecho de tratar de no distraerse con contribuciones que ella siempre consideró menores y dedicar todo el tiempo del que disponía, después de atender a sus obligaciones de esposa y madre, a escribir novelas.

Los cuentos, que este libro ofrece reunidos por primera vez, son muy distintos, tanto por los temas como por el tono e incluso en algunos casos, de acuerdo con la propia autora, diría que se diferencian también por su calidad. Los hay magníficos junto a alguno que quizá no esté a la altura de lo que cabría esperar de la gran escritora que fue Carmen Laforet, tal vez a causa de la premura con que solía escribir. Sin embargo se ha optado por incluir la totalidad de los textos con la intención de ofrecer el corpus completo de la narrativa breve sin escamotear ningún cuento lo que permite observar mejor la evolución literaria de la autora y su proceso creador. Carmen Laforet escribe casi siempre a vuela pluma, sin releer siquiera, como lo hicieron algunas de sus ilustres predecesoras. Pienso en Santa Teresa cuando confiesa que escribe a lo que salga, estorbándose a hilar por estar en casa pobre, atenta, no obstante, a las destinatarias directas de sus textos: sus monjas.

Aunque Laforet se dirigiera a un público amplio, mucho más amplio que Santa Teresa, observo en algunos de sus cuentos, un interés especial por ciertas destinatarias,

como por ejemplo, las maestras. A Carmen Laforet, además, le preocupaban las cuestiones pedagógicas, a las que dedicó diversos artículos, tal vez influida por su madre, Teodora Díaz, que había estudiado magisterio, pese a que nunca ejerció su carrera, y por su admirada Consuelo Burell, que durante la República había sido compañera de Machado en Segovia. Quizá eso explique que algunos de los relatos, como “El verano” o “La fotografía” estén protagonizados por maestras y otros, como “En la edad del pato” o “Al colegio”, tengan que ver con alumnas.

Coincido con la autora en mi predilección por el cuento “Al colegio”, fruto de una experiencia real. Según me confirmó Marta Cerezales, ella es la niña a quien su joven madre, Carmen Laforet, acompaña al colegio en su primer día de clase. El texto sobrepasa los límites de lo que podríamos considerar un cuento en el sentido clásico: una narración con un final cerrado, tensa e intensa, a lo Chéjov, para ahondar en la emoción que madre e hija sienten y que se nos transmite a través del contacto de sus manos. Laforet consigue en apenas página y media de una gran intensidad transmitir a los lectores una extraordinaria sensación de ternura.

A mi juicio, “Al colegio” es, además de uno de los mejores textos del libro, el que de un modo más sencillo y brillante aborda el tema de la maternidad en la literatura del siglo XX. Otros cuentos, entre los aquí reunidos, recogen asimismo aspectos autobiográficos. En “El secreto de la gata,” el único cuento para niños que conocemos, coinciden los nombres de los hermanos de la protagonista, que se llama Carmen igual que la escritora, con los de los dos hermanos de ésta, Eduardo y Juan. También las alusiones a la infancia feliz en Canarias, descrita como “un país donde nunca hacía frío”, a la casa familiar con un gran jardín poblado de animales diversos, tienen que ver con la de nuestra autora que, entre los tres y los diecinueve años, vivió en Canarias de donde se fue, rumbo a Barcelona, tal y como hace la protagonista de “Fuga tercera”, otro texto inédito y autobiográfico, dedicado a Ricardo Lezcano, el muchacho de quien Carmen estaba por entonces enamorada. El hecho de que él se marchara, unido al de su mala relación con la mujer con quien su padre se volvió a casar, tras enviudar en 1934 de la madre de Carmen, llevaron a la futura escritora a abandonar la casa paterna para regresar a Barcelona junto a sus abuelos y matricularse en la Facultad de Letras de la Universidad catalana.

El marco espacio-temporal de los cuentos y relatos de Carmen Laforet es España en la época de la posguerra, con alguna excepción, como la del texto “La última noche”, que se sitúa durante la guerra europea y al parecer fue escrito a petición de un amigo que preparaba una antología de cuentos y necesitaba materiales inéditos, y son muchos los textos en los que se reflejan los duros momentos vividos por la población de nuestro país en pleno franquismo, tanto en las ciudades como en el campo. Laforet, maestra en el uso de la ironía, no deja de referirse a lo que podríamos considerar la intrahistoria. La vida cotidiana queda reflejada a través de las malas comunicaciones —los trenes que llegan siempre con retraso, como en *Nada*, la dificultad de las “conferencias” telefónicas— al precio de la leche, mucho más barata y mejor en los pueblos, pasando por la confección costosa de un abrigo o lo que vale hacerse una fotografía, hasta la llegada de los primeros electrodomésticos, el túrmix, por ejemplo. A través de los cuentos de Laforet podemos asomarnos a la España del subdesarrollo que tan lejana nos parece hoy. En esa época nuestra de tanto consumismo despilfarrador creo que puede resultar muy útil contemplar el esfuerzo de nuestros

padres y abuelos por la mera subsistencia, basada en el aprovechamiento de lo más elemental.

Los cuentos de Laforet, a menudo protagonizados por personas de su misma condición social, las sufridas clases medias, nos transmiten de manera vívida el ambiente de precariedad que éstas también padecieron en los años cuarenta y cincuenta. La autora siente predilección por los personajes desvalidos y de entre éstos por los femeninos, quizá porque le resultan más fáciles de crear. Le basta con mirarse a sí misma. Tal vez por eso sean frecuentes las mujeres casadas, madres de familia, preocupadas por los suyos y especialmente pendientes de la economía doméstica. En ese sentido hay dos textos que me parecen magníficos por la sencillez con la que se nos transmiten y por la carga irónica que contienen, el autobiográfico “Libertad” y “La fotografía”. Ambos, además, tratan de la relación de pareja, otro aspecto que enlaza algunos de los textos incluidos en el volumen, cuya lectura considero altamente recomendable no sólo para los interesados por la obra de Laforet y la literatura de posguerra sino también para los estudiosos de nuestra historia ya que en ellos se refleja extraordinariamente la situación social de aquel entonces, la de un país gris, pacato y pobre sobre el que planea, y de qué modo, la sombra de la guerra civil.

A pesar de su predilección por ofrecernos la recreación de la vida de las clases medias también se asoman a estos textos las clases medias altas en “El aguinaldo”, o las altas, como en “La niña” y “Sorpresa”, un cuento que guarda estrecha relación con el capítulo XVIII de *Nada*, en el que Andrea aparece en casa de Pons y se siente fuera de lugar. No va vestida como las demás muchachas, lleva unos viejos zapatos de deporte, correlato del extrañamiento al que le aboca la fiesta de su amigo. Esos zapatos, en las antípodas del elegante zapatito de cristal de la Cenicienta, son substituidos por la ropa deportiva que lleva Jorge, el día de la puesta de largo de Rosita. Si en *Nada* los zapatos de Andrea establecen la frontera de su marginalidad, y nos muestran que el mundo de Pons le es ajeno, en “Sorpresa”, en cambio, la ropa inapropiada de Jorge no es obstáculo para que Rosita baile con él, rechazando al conde, con quien, a no ser por la estrategia usada por sus hermanos, habría de prometerse aquella noche en que cumplía dieciocho años.

En “Sorpresa,” escrito en la misma época que *Nada*, Laforet se acoge a motivos utilizados por los cuentos tradicionales, desde Blancanieves a Cenicienta, y por la novela rosa, a la que pertenece ese gran mundo edulcorado de las clases altas y sus lujosas fiestas, que permitían una evasión barata y una vida vicaria para la inmensa mayoría de los españoles que subsistían en precario y con hartas dificultades podían llegar a fin de mes. Para disfrute de todos, Carmen Laforet se desmarca de ese tipo de subliteratura cultivada con éxito por otras escritoras, como Carmen de Icaza o Corín Tellado, para emprender el camino de la Literatura con mayúscula.

Carme Riera

Prólogo a *Carta a don Juan. Cuentos completos*. Menoscuarto (E. Cálamo, S.L.), 2007.